

José Luis Pinillos, entre el humanismo y la ciencia*

*Helio Carpintero***

Universidad a Distancia de Madrid
De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

Resumen

José Luis Pinillos, uno de los pioneros de la psicología académica y universitaria en España, ha mantenido permanentemente una concepción científica de la misma, al tiempo que ha reconocido sus limitaciones en relación con el estudio de la persona. Con una temprana vocación filosófica, ha hecho notar que dimensiones esenciales del ser humano como la libertad, la condición proyectiva, la conciencia, la creatividad y la historicidad quedan fuera de una psicología determinista y mecanicista, y demandan un modelo teórico distinto. En su búsqueda de ese modelo, ha explorado con sentido crítico propuestas como las de la psicohistoria o las surgidas a raíz del movimiento posmoderno. Su obra se abre al mundo de la psicología y la antropología en busca de una síntesis teóricamente suficiente.

Palabras clave: José L. Pinillos, Psicología española, Psicología filosófica.

Abstract

José Luis Pinillos is one of the pioneers of academic psychology in Spain. Pinillos has always maintained a scientific conception of the field, while recognizing its limitations in the study of human beings. With an early philosophical vocation, Pinillos acknowledged that some essential dimensions of the human being, such as freedom, purpose, consciousness, creativity and historicity remained out of the limits of a deterministic and mechanistic psychology, thus the need for a different type of theoretical model that could give an adequate account of the effective human behavior. In his search for such a model, Pinillos has explored with critical eye various proposals, like the one offered by psychohistory, as well as others appeared after the

* El presente artículo es un desarrollo de la Conferencia pronunciada en el XXV Symposium de la Sociedad Española de Historia de la Psicología, dictada el día 11 de mayo de 2012 en el Monasterio de San Martín Pinario, Santiago de Compostela, sede del Symposium.

** Correspondencia: <heliodoro.carpintero@udima.es>.

postmodern movement. All his work is opened to the field of psychology and of anthropology, looking for a synthesis of both.

Keywords: José L. Pinillos, Spanish psychology, Philosophical psychology.

José Luis Pinillos es, sin ningún lugar a dudas, uno de los contados nombres que todos los psicólogos españoles de nuestras generaciones reconocen como maestro. Desde luego, este es también ciertamente mi caso. Ha sido el suyo un magisterio en continuo progreso. No ha quedado detenido en una posición enquistada, sino que ha avanzado, al compás de los desarrollos del saber psicológico, y ha sentido como propias las críticas y las limitaciones alumbradas en las sucesivas etapas de su avance incontenible. Siempre ha podido hacer suya la enseñanza de Antonio Machado: «se hace camino al andar».

PRIMEROS PASOS

Su figura está ligada al proceso de renacimiento y restablecimiento de la psicología en España, tras la guerra civil española. La tradición psicológica, que había llegado a fraguar entre nosotros, principalmente psicotécnica, durante el primer tercio del siglo xx, se volatilizó con la crisis del conflicto fratricida. Casi todos los pioneros de aquella tradición terminaron por exilarse, al fin de la guerra, por afinidad y compromiso ideológico con la república desaparecida. La restauración científica y profesional pudo al cabo iniciarse gracias al esfuerzo de José Germain, una figura liberal, políticamente marginada por hallarse vinculada a la tradición republicana de José Ortega y Gasset, de Gonzalo R. Lafora y Emilio Mira –tres nombres relevantes, miembros de la ‘España peregrina’ nacida a causa de la guerra–, pero con un valioso respaldo internacional. No sin trabajo logró Germain reunir en derredor suyo algunas de las nuevas personalidades juveniles interesadas por la psicología propiamente tal. Una de estas era la de Pinillos. Algunas otras, también inolvidables, eran las de Mariano Yela, Miguel Siguán, Manuel Ubeda y Francisco Secadas. Todos ellos convergieron y terminaron agrupándose en el Departamento de Psicología Experimental creado en el CSIC, en 1948. Con formación e intereses distintos, con personalidades fuertemente consolidadas y distintas entre sí, todos coincidían en el interés por la psicología científica, y por el respeto y afecto hacia la figura del director.

José Luis Pinillos es vasco, nacido en Bilbao, en 1919. Pertenece, por tanto, a la generación de 1916, cuyos miembros se vieron envueltos en el torbellino de la guerra en sus años de estudiante, y hubieron de bracear enérgicamente para salir a flote. Por razones familiares y circunstanciales, se encontró situado entre la juventud de derechas.

Como muchos coetáneos suyos, parece haber sentido una profunda admiración hacia la imagen que Alemania proyectaba en el mundo a través de la cultura, la potencia técnica y el poder político y social. Recibió una fuerte impronta religiosa en su espíritu, y todo ello, unido a una personalidad decidida, lanzada y ávida de experiencias, hizo que entre 1942 y 1943, estuviera alistado en la División Azul, cuerpo del ejército voluntario que el gobierno del General Franco envió durante la II Guerra Mundial al frente ruso en apoyo de las tropas alemanas que combatían allí. En una remota aldea rusa, ha recordado en alguna ocasión, tuvo algunas hondas experiencias humanas. Parece que salvó su vida gracias a su generosidad con la familia rusa que le acogía, y que le libró de una muerte segura a manos de la guerrilla rusa, e hizo el descubrimiento personal, por confidencias de una joven rusa, de la tremenda tragedia del genocidio judío, un descubrimiento que inició su distanciamiento respecto de su anterior compromiso.

A su vuelta hizo los estudios de filosofía (1944-8), luego su tesis doctoral sobre el concepto de sabiduría (1949) dirigida por José María Sánchez de Muniáin, profesor de estética de quien pasó a ser ayudante en la facultad de filosofía y letras de la universidad de Madrid. Cuando muchacho, había pensado en ser catedrático de literatura, por la que se sentía apasionado. Pero luego la filosofía fue ejerciendo un progresivo influjo sobre él, y, aparentemente, la filosofía clásica alemana, muy principalmente el neokantismo, alimentó sus inquietudes. Le facilitó, además, el paso hacia la psicología. Gracias a una beca del CSIC, pasó un año en Alemania, en la Universidad de Bonn, con profesores como Aloys Müller y Erich Rothacker (1949-50). Allí encontró también incitaciones a proseguir su formación, e indicaciones para que se dirigiera hacia el Instituto de Psiquiatría de la Universidad de Londres, en el Maudsley Hospital, donde encontró el magisterio de Hans J. Eysenck, que resultaría decisivo para su ulterior orientación intelectual. Allí pasó otros dos años. Su recién adquirida formación en psicología le condujo, al regreso a Madrid, a entrar en contacto e incorporarse al grupo del Dr. Germain.

Luego ya vendría una sucesión de metas y logros, que han definido una carrera muy brillante de psicólogo y profesor universitario, de todos conocida: primero, Profesor de Psicología experimental en la inicial Escuela de Psicología de la Universidad de Madrid, en donde comenzó a formarse a los primeros profesionales de la psicología como diplomados especialistas (1954-60); más tarde, catedrático de psicología en la Universidad de Valencia (1961-66), y luego en la Universidad Complutense de Madrid (1966-87). Todo ello acompañado de una inacabable serie de colaboraciones y actividades en organismos nacionales e internacionales, Academias, asociaciones científicas, conferencias, seminarios, más de un centenar de tesis doctorales dirigidas, y un sinnúmero de premios y distinciones a su labor. Y en todo ese tiempo, un interés constante por promover y consolidar una ciencia como es la psicología, sin perder de vista las inquietudes esenciales de la persona, de que siempre se han ocupado la filosofía

y las humanidades. Parece por eso perfectamente justificado hablar de su «humanismo científico», como ya en su día lo hicieran Moya y Valiente (1992). Consideremos ahora el desarrollo de su figura intelectual.

IDEAS FILOSÓFICAS DE PARTIDA

Conviene primero representarse el marco intelectual de la época. La filosofía había alcanzado durante los años precedentes a la guerra civil unas cotas extraordinarias en la Facultad de Filosofía de la universidad madrileña, gracias a la confluencia allí de Ortega y Gasset, y de pensadores muy próximos o incluso discípulos suyos, como Manuel García Morente, Xavier Zubiri y José Gaos. Otras mentes filosóficas juveniles, de notable aliento, empezaban a crecer en aquel entorno: María Zambrano, Manuel Mindan, Julián Marías, Antonio Rodríguez Huescar, Pedro Caravia, Leopoldo E. Palacios... Pero la guerra había acabado con todo aquel movimiento. Se había sustituido la inspiración orteguiana por un retorno a la filosofía tradicional de la Escolástica, con el apoyo formal y total de la Iglesia Católica, cuyas autoridades religiosas rechazaban e incluso condenaban las ideas de la etapa anterior.

En la Facultad de filosofía de la universidad madrileña ocupó una de sus cátedras el dominico P. Manuel Barbado, en cuyas manos vino también a estar la dirección del Instituto de Filosofía del CSIC. Era una persona que tenía muy claro su papel: «Tratándose de España, ni que decir tiene que la doctrina filosófica que debe ser enseñada en las cátedras oficiales es la contenida en la filosofía tradicional», escribió. Y añadió: «Mal se podrá regir el pensamiento de la nación, en lo que a los problemas filosóficos se refiere, si cada profesor tiene un sistema doctrinal propio» (Barbado, 1946, I, p. 21). Como se ve, andaba muy lejos del librepensamiento y de las ideas de la modernidad. De esta suerte, el Escolasticismo tomista vino a extenderse por cátedras y seminarios, hasta convertirse en el pensamiento filosófico dominante de la posguerra.

Pinillos se encontró en la Facultad con que tenía «una cierta vocación filosófica», según sus propias palabras en una entrevista que le hizo José Luis Miralles (Pinillos, 1982, p. 188), pero la filosofía allí dominante, «un escolasticismo muy abstracto», confesó que «no le decía nada». (*Ibidem*). Le interesaban mucho más los temas del pensamiento neokantiano, con su doble apertura hacia la ciencia y hacia la metafísica.

Si queremos entender el desarrollo intelectual de nuestro psicólogo no debemos pasar por alto sus primeras declaraciones filosóficas. Una de ellas es precisamente una conferencia sobre la «Grandeza y servidumbre de la metafísica» (Pinillos, 1954a). Su título evoca el del libro de Alfred de Vigny, sobre la servidumbre y grandeza de las armas y, como éste, reivindica la importancia de su objeto en medio de un ambiente no demasiado favorable.

Para empezar, considera que la metafísica, o «sabiduría metafísica», como la llama ya en la primera línea del texto, resulta del esfuerzo humano por preguntar «¿Qué es el Ser? ¿Por qué existe algo y no más bien nada?». Estas son claramente preguntas heideggerianas, –la última, aquella con que se cierra el famoso escrito *Qué es metafísica* del gran filósofo alemán. Pero ahora, en la conferencia que examinamos, se trata primordialmente de contraponer esa sabiduría al saber propio de la ciencia, que hoy tiene el rango de conocimiento por excelencia. Se aspira a mostrar que la metafísica tiene una importancia que «se agiganta de día en día» (Ídem, p. 9).

A fin de lograr claridad con la comparación, Pinillos entiende que la ciencia busca «la estructura funcional de la realidad», mientras que la metafísica, en cambio, trata de dar cuenta «de la existencia, naturaleza y sentido» de lo real (Id., p. 10). Al hablar de ciencia, ya advierte que es preciso distinguir en ella dos formas: una forma que está «perfectamente axiomatizada», como cuerpo de proposiciones lógicamente deducido de unos principios que se sostienen por sí mismos, si bien separada de la realidad empírica, la ciencia formal, y otra, que sería la representada por la ciencia o ciencias experimentales, cuya organización conceptual se apoya en la verificación empírica de sus asertos, incluido el empleo del ‘experimento crucial’ para dirimir hipótesis alternativas (Id., p. 11). La metafísica, en cambio, se mueve ya en un nivel muy distinto, el de los fundamentos y las ultimidades, y aspira ahí a decir algo sobre realidades de difícil conceptualización: «El Ser y Dios, las realidades más profundas y omnipresentes son las más difíciles de capturar categorialmente en un sistema de postulados relativamente axiomatizado» (Id., p. 15). Por eso es una disciplina que se ve envuelta en cuestiones inacabables.

Llegado a este punto, aprovecha una cuestión que había sido recientemente formulada por Ortega, en un curso que andaba dando por aquella época. El filósofo madrileño, tras volver del exilio a que la guerra le había forzado, había reanudado su enseñanza fuera del mundo oficial de la universidad en el Instituto de Humanidades, fundado por él y Julián Marías en Madrid. En su curso sobre *El hombre y la gente* (1949-50), en una de sus lecciones públicas, se había preguntado por qué se oculta Dios a los ojos del hombre, refiriéndose a él como «el inmenso ausente que en todo presente brilla» (Ortega y Gasset, 1961, p. 145). Y Pinillos seguía a su modo el argumento, respondiendo que su realidad, hacia nosotros, *quoad nos*, se da «en un grado mínimo», no es realmente contrastable, y está involucrando los estratos profundos de nuestra personalidad. La complejidad del objeto, junto a las limitaciones del sujeto, explicarían todas esas dificultades: «si tal objeto existe, su conocimiento ha de estar aquejado de las debilidades apuntadas» (Pinillos, 1954a, p. 18). Viene a admitir así, coincidiendo con algunos místicos como Silesius, que es la constitución misma del hombre la que no alcanza a verle a pesar de su luz. Pero estas debilidades no podrían, en cambio, desvanecer las inquietudes metafísicas que impulsan a buscar el conocimiento

deseado. Las pobres condiciones del espíritu humano para responder ciertas preguntas no restarían fuerza a la necesidad que impulsa a formularlas y tratar de responderlas. Estamos moviéndonos de algún modo, como bien se ve, en la órbita kantiana, que reconoce de plano la existencia de una básica inquietud natural.

El impulso hacia la ciencia es muy otro que el metafísico. Y por ello mismo, el que alienta en la ciencia psicológica, para conocer la estructura y funciones de la personalidad, es distinto del que pregunta por el sentido de la vida humana y su posible e insegura inmortalidad. No cabe ignorar estas preguntas. Ellas le llevan, de un lado, a renunciar a una sabiduría que sea científica, al tiempo que, tras aceptarlas, tendrá que asumir la necesidad de cultivar un saber sobre las ultimidades, al tiempo que renuncia a los «pujos cientistas de impersonalidad», y acepta «llevar humildemente su *pondus*» (Id., p. 23).

Esta juvenil reflexión de Pinillos se convierte, pues, en una requisitoria contra el hombre de ciencia, que, a causa de su método y su fidelidad a su ciencia, vuelve la espalda a cuestiones esenciales de su propia naturaleza. «La hora se acerca –termina diciendo– de que el hombre de ciencia vuelva a entender que hay problemas entre el cielo y la tierra que rebasan las posibilidades de su metodología, justamente los problemas más importantes» (Id., pp. 25-26). Se entiende, los que más importan al hombre mismo en cuanto tal, que renuncia a engañarse a sí mismo.

En el texto resuenan admoniciones kantianas acerca de la esencial inquietud metafísica del hombre. Al comienzo de su *Crítica de la razón pura*, en su mismo prólogo, Kant ya advierte que la razón se halla «acosada por cuestiones que no puede rechazar», y «a las que tampoco puede responder», al menos responder racionalmente con el peso de la argumentación científica. Son cuestiones máximamente valiosas, como emanadas de la propia esencia de la razón, pero insolubles por falta de «facultades» en el hombre con que poder responderlas. Como se ve, no se iba muy lejos de esas palabras magistrales el texto juvenil.

Ahora bien, ¿qué sentido tiene este discurso en el contexto general de la vida y la obra de su autor? ¿Era simplemente un desahogo de ciertas inquietudes radicales que toda persona consciente puede llegar a experimentar?

Veamos de trasladar esa preocupación desde el ámbito metafísico al campo de la psicología, en que su autor empezaba a moverse. La psicología de los años cincuenta del pasado siglo, en sus líneas de vanguardia, era todavía principalmente conductista. En Estados Unidos, que representaban la punta de lanza de investigación, el conductismo dominaba la escena psicológica, si bien se aparecía en cierto modo como un lejano futuro para la realidad española, muy por detrás de las líneas de vanguardia. El conductismo había impuesto un rigor científico a ultranza, buscando una plena objetividad en sus conceptos y tesis. Como consecuencia se había producido la eliminación de la subjetividad, que había venido siendo nota característica de la psicología

precedente. En efecto, el estructuralismo wundtiano había estado orientado al estudio de la experiencia, de la mente y la conciencia, de la subjetividad en una palabra. En nombre de la ciencia, la nueva escuela americana expulsó la mente y la conciencia del campo de la psicología. Y con ello, como repetidamente advertirá Pinillos, vinieron a quedar fuera algunos de los aspectos centrales del ser humano, a los que él no estaba dispuesto a renunciar.

Así pues, aquella primera reflexión filosófica venía a poner en luz, más allá de la cuestión de dónde y cómo haya de ubicarse la metafísica, otra exigencia central fuertemente sentida por el joven psicólogo: dado que la ciencia, cuyo valor está fuera de duda, excluye ciertas cuestiones a las que el hombre no puede renunciar, hay que reconocer en consecuencia que como conocimiento resulta insuficiente. Y en esta posición, creo yo, ha permanecido situado de manera inalterada a lo largo de su vida.

Seguramente a la base de tal actitud se hallaba, a mi juicio, una importante influencia de la filosofía neokantiana, que le habría librado a un tiempo de la Escolástica universitaria así como de los desarrollos científicistas y materialistas, y lo encaminó hacia una permanente inquisición crítica, sin renunciar al rigor y la racionalidad. Al lado de las ciencias naturales, los neokantianos, especialmente los de la Escuela de Baden, como Windelband y Rickert, insistieron en el peso y el lugar que corresponde a los saberes históricos, como ciencias del espíritu, algo que habría quedado fuera del campo visual kantiano. La filosofía, escribió Windelband, «tiene necesariamente que tomar en consideración esta nueva realidad en que la ciencia histórica aparece ocupando ya un plano de igualdad al lado de la ciencia de la naturaleza» (Windelband, 1949, p. 225). Eso obligaba a ensanchar el estrecho marco de la ciencia, para albergar en su interior la nueva área de la historia junto a la de la naturaleza ya incluida. El reexamen de ese campo de saber parecía obligar a dejar fuera aquellas exigencias de generalidad y universalidad para sus leyes que busca la ciencia empírica natural en sus construcciones intelectuales. Y el resultado de todo ello, vino a ser la iniciación de un proceso de reivindicación de las Humanidades, como compañeras de la ciencia, para completar la esfera del saber universal. Este fue el nuevo marco conceptual en que Pinillos se va a mover en sus días de plenitud tratando de dar respuesta a sus inquietudes más hondas.

LA REIVINDICACIÓN DE LAS HUMANIDADES

Sin duda, el interés por la ciencia, y en particular el interés creciente por la psicología, fueron agitando sus convicciones filosóficas. Ya hemos dicho que le resultaba imposible asumir el retorno a la Escolástica que entre nosotros se había impuesto en el mundo académico con el apoyo de la dictadura y de las autoridades eclesiásticas católicas, entonces unidas en estrecha alianza. La psicología era una ciencia positiva y no cabía desnaturalizarla convirtiéndola de nuevo en una mera inquisición filosófica.

Pero como ciencia, tampoco le bastaba, al dejar sin resolver cuestiones esenciales que no estaba dispuesto a ignorar ni a olvidar. En efecto, le preocupaban las consecuencias que un cientificismo a ultranza podría traer sobre los saberes acerca del hombre mismo.

Estos saberes precisamente habían sido con frecuencia identificados con las llamadas 'ciencias del espíritu' (*Geisteswissenschaften*). Pero a Pinillos parece haberle creado gran inquietud eso de llamarlas ciencias. De ahí que le debió parecer muy oportuna la reivindicación que por aquellos días hizo Ortega del concepto de 'humanidades', precisamente al presentar su Instituto de Humanidades ya mencionado. Nuestro psicólogo comentó a ese propósito: «Hay que abonar en la cuenta del genio idiomático de Ortega y Gasset la solución de... [la] aporía en que el saber de intimidades se halla sumido desde antiguo, al restaurar 'la espléndida palabra *humanidades* para designar las disciplinas todas que se ocupan de los hechos exclusivamente humanos' » (Pinillos, 1951, pp. 19-20). En una palabra, para él aquella propuesta parecía disolver cualquier posible equívoco entre las ciencias y los saberes sobre el hombre, sin deterioro ni mistificación para la idea de ciencia y sin desdoro para las humanidades.

Y así, buscó desarrollar ese planteamiento, que encontraba acertado, publicando unos «Apuntes en torno a las humanidades y la ciencia» en 1951, donde aborda la tarea de marcar límites al cientificismo en los estudios sobre el hombre. Semejante cuestión no podía dejar de concernir a la psicología. De manera que para el joven intelectual éste no era un mero tema epistemológico a debatir, sino que implicaba también una cuestión que afectaba a su propio espíritu, escindido entre la filosofía y la psicología, entre el humanismo y el cientificismo, entre el saber sobre el hombre y la psicología científica, lejos del inadecuado marco todavía dominante en la universidad española de comienzos de los años cincuenta.

Esos «Apuntes...» contienen reflexiones que parecen realmente unamunianas. Se dirían inspiradas, en gran medida, tanto en su fondo como en su forma, en las enseñanzas de Unamuno acerca de la limitación de la razón para comprender la vida y para captar al 'hombre de carne y hueso'. Como el gran vasco salmantino, también aquí Pinillos llega a identificar al hombre con el Verbo, escribiendo la palabra con mayúscula, para así apuntar mejor a la fuerza espiritual que anima al ser personal. «En nuestro tiempo se ha olvidado demasiado a menudo que es la Palabra *quien* sana y salva en última instancia al hombre» (Id., 1951, p. 2). Y también aquí se recurre a los nombres de Pascal, de Bergson, o Nietzsche, como antaño hiciera Unamuno, para reforzar la tesis de que el método científico está lejos de poder adecuarse al estudio de la persona en lo que esta tiene de más propio y radical.

Se afirma, pues, que mientras hallamos en la ciencia impersonalidad, leyes, porqués, búsqueda de conocimientos lógicamente fundamentados, desarrollos técnicos, en las humanidades en cambio se utiliza la 'comprensión' y se trata de inscribir «un hecho, un personaje... en su tiempo, en su mundo, en su contorno *cultural*», al tiempo

que se procura «penetrar, *transvivir* su intimidad, su espíritu» (Id., p. 14). La facultad de transvivir, (o *Einfühlung*), de «enalterarse» –hoy frecuentemente vertida como ‘empatía’ o ‘endopatía’ (v. Ferrater Mora, 1986, s.v. ‘endopatía’) es justamente «un medio formal, acaso el más importante y decisivo, para penetrar en las ‘causas’, para *entender* los motivos que explican los hechos humanos» (Id., p. 17), una concepción que guardaría así gran proximidad con la metodología hermenéutica.

Hay, en este trabajo que analizamos, una decidida voluntad de asumir los logros de la ciencia positiva, sin renunciar a la comprensión de lo específicamente humano. Con una imagen muy de la época, llega a decir su autor: «Toda preparación o realización de un complot para impersonalizar la vida humana está exigiendo a gritos un Núremberg... que la declare crimen de lesa humanidad» (Id., p. 23).

De esta suerte lograba Pinillos devolver la paz a su espíritu. En efecto, combinaba la dimensión filosófica irracionalista de corte unamuniano con una renuncia a emplear la razón científica en el conocimiento de lo humano, al tiempo que conservaba una posición científicista ortodoxa en todo lo referente al ámbito de la ciencia natural. Pretendía salvaguardar así la heterogeneidad de sus aspiraciones y propósitos y también la de los objetos de sus diversos estudios, sin renunciar a ninguno a ningún extremo.

De todos modos, separar la ciencia de las humanidades no agotaba sus propósitos. Porque, al lado de los saberes metódicamente sólidos, representados por la ciencia natural y las «ciencias del espíritu», o ‘humanidades’, sea cualquiera el nombre que se prefiera, de acuerdo con la propuesta contemplada, al lado de todo ello hay en el mundo del hombre otro término distinto, que hace referencia a un saber más alto. Se refiere Pinillos así al término «sabiduría», que ha sido generalmente usado y estimado como superior a la ciencia y la experiencia, y que califica a quien lo posee de «sabio» y lo sitúa en el nivel más elevado del conocimiento humano y personal. Esa sabiduría Pinillos la enmarcaba dentro del campo filosófico, haciendo de ella un saber plenamente coincidente con la ‘metafísica’, que reencontraba así su lugar. En efecto, se trata de aquel saber que busca «la causa primera del universo», aun aceptando su complejidad y las dificultades de alcanzarla. Aspira, nos dice, solo a comprender y explicitar, renunciando a la verificación experimental, lo que la distancia esencialmente de toda ciencia (Pinillos, 1954b).

La época de las distinciones y disquisiciones filosóficas llegaba a su término. Con la combinación de una sabiduría, unas humanidades y la ciencia –experimental, como es el caso de la psicología, aunque también aquella otra puramente formal–, quedaba ordenado su personal mundo epistemológico, sin confusiones, y también sin supresiones ni renunciaciones. Pero desde el mismo era preciso avanzar. La profesionalización como psicólogo va a ocupar ahora su tiempo y guía sus publicaciones. Tras el puesto de colaborador en el Departamento de Psicología experimental, que dirigía Germain, en 1955, obtiene el de profesor de psicología experimental en la Escuela de Psicología,

(1955), y luego en la Escuela de Organización Industrial del Ministerio de Industria (1956-61). Oposita en 1956 a la cátedra de psicología de la Sección de pedagogía de la Universidad de Madrid –que obtuvo Mariano Yela–, y tras pasar un año como profesor en la Universidad Central de Venezuela, en Caracas, en 1960, al año siguiente, en 1961 obtiene la cátedra de psicología de la Universidad de Valencia.

Los años 1950s representan para él un nuevo tiempo de formación, de progreso de un proyecto personal científico, con realización de trabajos empíricos y publicaciones numerosas sobre personalidad, psicología social, actitudes de universitarios, estereotipos nacionales, industria y motivación, y muchas cosas más. Es también un tiempo en que choca abiertamente con el sistema político franquista, a cuenta de unos estudios empíricos serios sobre actitudes religiosas y políticas de la juventud universitaria española (1955). Su reconocimiento del creciente distanciamiento de la juventud respecto de los valores y arquetipos manejados por el gobierno hubo de ocasionarle algún sinsabor con las autoridades del régimen, al tiempo que dio a conocer su nombre por el extranjero, donde muchos acogieron con gran interés la noticia de aquella discrepancia juvenil en un país entonces rígidamente controlado por una dictadura.

LA INTRODUCCIÓN A LA PSICOLOGÍA

La dedicación intensiva a la psicología dio sus frutos. Ya en su cátedra de Valencia, en 1962 Pinillos publica un volumen dedicado a las cuestiones introductorias relativas a la psicología general: su historia, su método, su concepto.

En sus páginas hallamos un nuevo nivel de reflexión intelectual de este humanista que ahora se dedica de lleno a la psicología. Se diría que los concursos a cátedra le han obligado a formalizar su pensamiento. Tras obtener la cátedra mencionada, ordena y selecciona sus escritos de oposición y con ellos publica la *Introducción a la psicología contemporánea* (Pinillos, 1962). Se trata de la versión pulida y retocada de lo que había sido su previa Memoria de oposición.

El libro merece que nos fijemos en él. Examinemos sus rasgos más salientes. Comenzando por su índice, encontramos en él una primera parte dedicada a la historia de la disciplina, y a sus raíces en la filosofía, las ciencias naturales y los saberes culturales; otra segunda, enfocada al examen de la psicología como ciencia positiva, y la constitución de las escuelas, las especialidades, el método y el objeto, y en fin, una tercera parte en que encuentran su lugar las cuestiones filosóficas: «la deshumanización de la psicología» y una «antropología filosófica».

El análisis conceptual y metodológico que aquí hallamos está a la altura de lo que era la psicología en su momento. Considera que el objeto de esta ciencia es «el comportamiento, sus principios y sus condiciones» (Pinillos, 1962, p. 200). Era la fórmula entonces habitual en todos los manuales al uso, pero el autor advierte que

tal definición implica atender no sólo a la conducta manifiesta, sino también a la conciencia del sujeto. No se identifica sin más lo psíquico con lo consciente, sino que incluye esto último en aquel, como concepto más abarcador. De otro lado, se refiere a la disciplina como una «Psicología positiva», que asume sin reservas el método de la ciencia positiva. Por tanto, que aplica el método hipotético deductivo a los fenómenos *comportamentales* tratando de formular leyes, realizar predicciones y construir explicaciones sobre aquellos. El libro representaba, a no dudar, un salto cualitativo respecto de la literatura psicológica nacional existente en nuestro país hasta aquel momento.

Con todo, no es un libro al uso. No hay más que observar que su índice no se cerraba en el círculo de la psicología, sino que abocaba a unos temas filosóficos, no usuales en este tipo de introducciones por esas fechas. Recuérdese que, en el desarrollo de la psicología positiva, hubo desde su iniciación con Wilhelm Wundt un expreso y deliberado propósito de separar la nueva ciencia de la filosofía. Era una reacción natural, pues había permanecido incluida durante siglos dentro de la suma de saberes filosóficos. Precisamente la historia de sus raíces filosóficas – contempladas en la primera parte de este volumen – lo pone reiteradamente de manifiesto. Y, en mi opinión, aquí reside la peculiaridad de esta obra. Una vez que se ha reconocido la perfecta asimilación de la concepción científica de la psicología moderna con todo lo referente a la historia, concepto y método de dicha disciplina, sorprende volver a encontrar esta conexión con el ámbito filosófico, algo que parecía ya completamente superado.

¿Cómo y por qué se presenta ahora y aquí semejante adición filosófica?

Una primera explicación más bien superficial, pero que podría venir al caso, es de un orden que podríamos considerar administrativo. La cátedra de psicología a que había optado y había obtenido, como otras análogas, conllevaba en ese tiempo la impartición de unas materias de antropología junto a las de la psicología general. Eso explicaría que al hacer una memoria de oposiciones hubiera habido que incluir esas páginas dedicadas a tales temas. Pero esta consideración no resulta satisfactoria. Porque al acometer ya con plena libertad la elaboración del libro pudo perfectamente su autor haber dejado fuera de sus límites esa singular temática, si lo hubiera estimado oportuno. ¿Entonces?

Creo que la explicación viene ya sugerida por cuanto llevamos visto en las páginas precedentes. Pinillos, formado en la filosofía y luego volcado hacia la psicología, había percibido con claridad las limitaciones de la nueva ciencia en todo lo referente al tratamiento de la vida humana, reaccionando enérgicamente contra toda simplificación. Y eso es lo que se refleja aquí. Se ve con claridad en un capítulo que enlaza las ideas sobre antropología con el cuerpo general de conceptos psicológicos, un capítulo que su autor tituló «La deshumanización de la psicología».

Este título no puede ya sorprendernos. Hemos venido viendo que, en base a su confrontación de las ciencias y las humanidades, a nuestro psicólogo se le ha ido

haciendo cada vez más patente la separación entre el hombre de carne y hueso, o si se prefiere, el «hombre unamuniano», y ese otro ser humano de que se ocupa y al que estudia la psicología.

En efecto, la construcción de la psicología científico-positiva se hizo desde su comienzo al precio de dejar a un lado todas las cuestiones relativas al ser espiritual del hombre, que rebasaran sus límites de ciencia (Pinillos, 1962, p. 205). Los problemas de la libertad, la posible cuestión de la trascendencia, las dimensiones éticas de la decisión personal, hubieron de quedar fuera de su tratamiento, e incluso de su planteamiento. En sus propias palabras, «la trascendencia, la unicidad, el carácter unitario de la persona, su libertad, los grandes temas de la existencia del hombre, desaparecen del planteamiento psicológico positivo» (Id., p. 211). A esto es a lo que aquí se llama «la secularización del saber psicológico» (Ibíd.). Este es un proceso que toma al hombre en una dimensión estrictamente «cismundana», y estudia su comportamiento en este mundo y nada más; toda referencia a una posible trascendencia ha sido eliminada.

La inquietud de Pinillos no viene tanto de que se hagan esas cosas para asegurar el estudio positivo del comportamiento humano, sino del hecho de que de ahí pueda llegar a derivarse, y al cabo se suponga, que la representación del vivir humano así obtenida es suficiente y adecuada, de modo que lo que ahí no se halle incluido, simplemente carece de interés o problematismo. «Los inconvenientes –dice en cierta ocasión– serían quizá tremendos si la sociedad humana entronizara a la Psicología como único saber respetable acerca del hombre» (Id., p. 211). No es un temor infundado. Esto es algo que podría llegar a ocurrir, dada la eficacia tecnológica que la psicología ha ido alcanzando en sólo un siglo de existencia. Y esa es la preocupación que aquí palpita: la amenaza de una deshumanización del hombre por causa de una psicología deshumanizada que sea, no obstante, metodológicamente avanzada y potente y que resuelva técnicamente una serie de necesidades individuales y sociales.

De ahí que piense que esa psicología necesita reivindicar explícitamente el apoyo intelectual de la antropología, para remediar sus limitaciones en relación con nuestro saber acerca de la esencia de lo humano.

IDEAS SOBRE UNA ANTROPOLOGÍA PARA LA PSICOLOGÍA

El proceso de construcción de una psicología científica, a juicio de Pinillos, según llevamos ya dicho, ha dejado a un lado al hombre «singular, único, irreplicable y libre» (Id., p. 210), para centrarse en un hombre genérico, un ser humano promedio como aquel ‘*homme moyen*’ de que hablara Quetelet, en que buscan sustentarse todas las generalizaciones. Se trata, además, de un ser sometido a procesos de índole determinista.

Pinillos recuerda que para los físicos hay una enorme distancia entre la mesa que usan, sólida, maciza y resistente, y aquella otra en la que piensan cuando aplican

su teoría científica atómica, una mesa formada por átomos con electrones girando en torno al núcleo, casi toda ella hecha de vacío. Sir Arthur Eddington, uno de los grandes físicos del siglo pasado, insistió mucho en ello. Pues bien, estaríamos aquí ante una divergencia parecida, que resultaría al aplicar a nuestro tema ese doble punto de vista, solo que ahora la comparación se habría de establecer entre el hombre de que habla la psicología científica, de un lado, y aquel hombre con que convivimos y tratamos en nuestra vida cotidiana, de otro.

El problema no está solo en que debamos admitir una duplicidad de modelos, uno científico y el otro vital, sino que, además, la tecnología que deriva de los hallazgos científicos se llegue a convertir en un arma poderosa que modifique la imagen vital del hombre y que haga olvidar los principios morales de la vida humana, favoreciendo un trato deshumanizador de las personas, y levantando un mundo sin otros valores que los de la eficacia y el control determinista de las conductas.

A comienzos del siglo pasado, el maquinismo generó ideologías científicas, como el taylorismo, que a los ojos de muchos de sus críticos tendían a la conversión del hombre en máquina, y buscaban ejercer un control absoluto sobre las conductas laborales con objeto de lograr un rendimiento máximo. *Tiempos modernos*, la gran sátira de Chaplin, pintó con gruesos trazos críticos ese modelo de intervención tecnológica. Mostraba de manera satírica la posición del trabajador inserto en una cadena de producción de las grandes fábricas de la época. Aquel operario controlado por los resortes y palancas de las máquinas y convertido en una pieza más del sistema vendría a parecerse mucho al sujeto operante de que hablaba la nueva psicología, que lo veía sometido a la continua incitación de los estímulos del entorno,

Al término de esa presentación de un mundo deshumanizado al que mucho ha contribuido la nueva psicología, nuestro autor nos advierte de la necesidad de mantener alerta el sentido crítico, para promover «unos saberes espiritualmente beligerantes que garanticen la aplicación recta de las técnicas psicológicas» (Id., p. 217). Es una apelación directa a la reflexión deontológica que habría de estar atenta no solo a la praxis profesional, sino también a las líneas de desarrollo teórico y conceptual, en donde podría estar escondida la raíz misma de las agresiones a la esencia de la persona.

No todo resulta negativo en el modelo humano de la ciencia actual. Sin duda tiene también algunos rasgos perfectamente asumibles. Busca en efecto potenciar el tipo de individuo con una funcionalidad óptima, ajustado en lo interior, adaptado a su mundo y dotado de autonomía personal. Todos los criterios clínicos y ergonómicos apuntan en dirección a un sujeto con autonomía y equilibrio en relación con su mundo. Sin duda, aquí hay unos valores que no son nada despreciables, pero ante los que se anotan aquí ciertas reservas porque no tendrían conexión definida con aquellos otros valores propios de una consideración trascendente de la persona. Se trataría, en todo caso, de valores exclusivamente prácticos. Estaríamos ante una visión estrictamente 'cismundana' que

prescinde de todo lo que pueda hallarse más allá de la línea del horizonte que limita nuestra visión cotidiana. Más aún, con su determinismo y su pérdida de la libertad y la individualidad personal, el modelo científicista estaría poniendo en cuestión aquella visión del hombre sobre la que nuestra civilización está secularmente asentada: la que contempla a un individuo libre y responsable de sus actos. De ahí la necesidad de que la psicología termine abriéndose a la antropología para restablecer sus fundamentos.

Semejante construcción de la persona ha de ser de naturaleza realmente interdisciplinar. Los saberes sobre el hombre son múltiples y no pueden quedar encerrados en los estrechos límites de una ciencia determinada. Y en su sistematicidad, ciertos conceptos básicos, como los de causalidad final o teleología, o el de sustancia, deberían volver a tener un lugar desde el que contribuir a la comprensión global de lo humano.

A su juicio, lo peligroso es aquel distanciamiento que se ha producido entre los saberes fácticos acerca del hombre y el pensamiento metafísico general. Si se consiguiera unir ambas líneas, su recíproca fecundación abriría nuevas perspectivas al saber sobre las cuestiones humanas. Pero hoy por hoy, ello parece una tarea «casi imposible de lograr» (Id., p. 239). Ni las ciencias parecen haber madurado lo suficiente, ni la metafísica permite establecer una axiomática de la que quepan deducciones que permitan constituir un ‘corpus’ científico adecuado. Nos hallamos situados en un campo donde aún hay mucho trabajo por hacer, y en el que la ‘viabilidad’ de las aportaciones que sería necesario incorporar parece cosa difícil y ‘trabajosa’.

Si volvemos los ojos atrás, veremos más clara ya la trayectoria que nuestro autor ha recorrido, y que le ha llevado desde la filosofía a la psicología y al pensar científico. Su propia experiencia de ambas vías para el conocimiento de la realidad le ha hecho ver los peligros que, para una correcta idea del hombre encierra el mantener ambas separadas. Y, al mismo tiempo, no se le han ocultado tampoco las dificultades de su integración. En la mentalidad moderna se ha producido lo que llama una y otra vez la «secularización» de la idea del hombre, un proceso en que la nueva psicología ha tenido mucha parte. Al tiempo, la filosofía ha perdido contacto con los saberes técnicos y prácticos. Y por lo que toca a su evolución personal, ha llegado a un nuevo nivel desde donde contemplar los problemas. El acceso a una cátedra universitaria, y una atención creciente a los temas científicos de su propio campo disciplinar han hecho posible ese cambio. ¿Y cómo han quedado resituadas esas preocupaciones antropológicas en la nueva etapa?

INQUIETUDES FILOSÓFICAS DE UN PSICÓLOGO

No es fácil sintetizar la visión filosófica y antropológica que subtiende el período más largo de su carrera intelectual, durante sus largos años de cátedra, primero en la universidad de Valencia y luego en la Complutense de Madrid, entre 1961 y 1987.

Hay, no obstante, ciertos puntos que pueden ayudarnos a entender sus líneas de pensamiento. Me referiré aquí a los siguientes: 1) la influencia evolucionista; 2) el nuevo lugar de la conciencia e introspección; 3) el *emergentismo*; 4) el camino posible de la psicohistoria; 5) la psicología y el posmodernismo; y 6) el interés hacia la modificación de conducta.

1. *La influencia evolucionista*

En la psicología contemporánea, el evolucionismo ocupa un lugar central. Introduce, por un lado, una esencial continuidad entre el hombre y el animal, y por consiguiente, entre sus psiquismos correspondientes. No sólo admite la continuidad, sino también una dependencia funcional del primero respecto del segundo. En general, somete el psiquismo a cuantas condiciones regulan los cambios biológicos de índole evolutiva. Estos, si bien producidos de un modo azaroso, son luego mantenidos en función de la utilidad adaptativa que aportan a los sujetos que disfrutan de ellos. Representa en principio una alternativa científica a la posición creacionista simple, aunque eso no quiere decir que no se hayan ido generando con el tiempo otras explicaciones de superior complejidad que tratarían de hacer compatibles ambas líneas explicativas.

En el planteamiento de la *Introducción* ya comentada, a esta doctrina apenas si se le presta atención (cf. Pinillos, 1962); eso sí, se reconoce que acerca la mente al cuerpo, y que ha influido a través del funcionalismo psicológico. Apenas nada más. En cambio, en *Principios de psicología* (Pinillos, 1975), y quizá aún más en *La mente humana* (Pinillos, 1970b), se le concede un lugar central a la hora de comprender la aparición de los mecanismos psíquicos. La primera de esas dos obras ofrece una curiosa información: el autor justifica en parte su tarea al escribir dicho manual apelando a la idea de hacer en él más explícita la conexión con el evolucionismo de lo que lo hacen otros libros extranjeros. La razón es bien singular, y es que hace notar que en la psicología es esencial el «trasfondo evolucionista» de muchas de sus teorías, y que, al estar el público español «alejado» de esa doctrina, considera que se hace preciso realizar una exposición que atienda más a semejantes fundamentos y que lo haga con una explicitud y detalle mayor del que se suele encontrar en manuales traducidos, procedentes de países en los que ya se está más familiarizado con dicha doctrina (Pinillos, 1975, p. 11). Quizá por eso el libro se abre con el siguiente aserto: «La mente humana no ha caído del cielo» (Id, p. 15); y enseguida aclara que por el contrario «procede de un psiquismo animal» (Id., p. 16).

Por su parte, el pequeño volumen de divulgación sobre *La mente humana* tiene un capítulo inicial dedicado enteramente a temas evolutivos –evolución, hominización, humanización, cultura. Estas páginas buscan difundir entre un amplio público lector ese marco conceptual dentro del cual quiere situar el resto de la psicología (Pinillos,

1970b). Se pretende sobre todo hacer ver que es a través de esa evolución como aparece la conciencia, y singularmente aquella conciencia refleja que culmina en la experiencia del 'yo', y representa la incorporación de la subjetivación a los procesos materiales cerebrales. También debemos mencionar aquí otro de sus trabajos, una *Biografía completa de Charles Darwin* (Pinillos, 1970a), un interesante folleto que escribió para una serie de grandes figuras históricas, que presenta con abundante información y hondura el logro científico que su doctrina ha representado para la comprensión del hombre.

A través de la doctrina de la evolución alcanza Pinillos a reintroducir en la psicología el nivel específico de lo humano de modo perfectamente positivo. La mente y la subjetividad consciente habían sido desterradas del sistema psicológico por la concepción naturalista positiva del conductismo, con las consecuencias deshumanizadoras de que hemos hablado. Y sin embargo, es desde esta perspectiva biológica evolucionista desde donde ve abrirse una vía a través de la cual pudieran combinarse el ámbito de la conciencia y la pura biología, o, en otros términos, la ciencia empírica y el saber sobre la estructura propiamente personal.

En efecto, a través de la evolución es como cabe entender la aparición de la conciencia en el ámbito general de la vida biológica. No ha caído del cielo, sino que ha surgido en el marco del proceso de evolución de la vida. Ello obliga a suponer que es una función a la que cabe un papel vital importante, e influyente en la adaptación de la especie humana al mundo. No cabe ignorarla, ni enviarla al exilio científico; por lo mismo, ello significa su retorno a la psicología científica. Y precisamente con el surgimiento de un nuevo paradigma, con el orto del cognitivismo, y la consiguiente renovación general del campo psicológico, se estaría abriendo de paso de nuevo la línea de su 'rehumanización'.

2. *El nuevo lugar de la conciencia*

El surgimiento del cognitivismo, y el fin del conductismo, ha representado un cambio decisivo en cuanto a la visión de los problemas psico-antropológicos. Con el advenimiento de la mente y de la conciencia se ha venido a poner fin al imperio casi absoluto del conductismo, y a sus consideraciones deshumanizadoras. Lo han hecho posible toda una serie de factores, desde la inteligencia artificial y los desarrollos de la lingüística, pasando por los problemas del condicionamiento en seres humanos, el aprendizaje vicario, y la dimensión biológica del aprendizaje, hasta llegar al influjo creciente del constructivismo de Piaget o los desarrollos *sociocognitivos* de la psicología soviética.

Todos esos cambios le interesaron a Pinillos profundamente. Encontró ahí una vía por la que transitar desde una resuelta afirmación de la condición científico positiva de la psicología a un reconocimiento de las condiciones singulares de la realidad de la

persona y su vida biográfica. Esta, si por un lado pertenece biológicamente al tronco general de la evolución de la vida en el planeta, por otro ciertamente ha introducido en el mundo una nueva forma de organización vital que ha inaugurado un nuevo proceso de ajuste y cambio: el de la evolución histórica y el horizonte del progreso cultural.

Su interés por el cambio de paradigma resulta evidente, no ya a través de sus propios escritos, sino también a través de ciertas acciones institucionales, no carentes de peso en el campo científico hispano. Aquí quiero solo recordar la iniciativa suya de organizar un seminario que prestó en nuestra comunidad intelectual un reconocimiento formal a la sustancial variación teórica que se había producido en el ámbito de la psicología. Me refiero al seminario que, con el apoyo de la Fundación Juan March, organizó en 1979, sobre «Problemas actuales de la psicología científica». Este vino a marcar entre nosotros, en cierto modo, el orto de la nueva manera de hacer psicología (Pinillos, 1980). En sus varias ponencias se certificaba el final del conductismo y el surgimiento poderoso del nuevo cognitivismo. Como acertadamente dice Vera, al estudiar la significación de aquel seminario, «la psicología académica española se había alejado efectivamente del ‘fiscalismo de contenido’ o de estímulo-respuesta... para abrazar una concepción primordialmente *cognitiva* de su objeto» (Vera, 2005, p. 233).

El cambio suponía asignar un nuevo lugar a la conciencia dentro de la psicología. Esta retornaba de un exilio de más de medio siglo, aunque volvía con forma muy distinta de aquella otra introspectiva a la que el conductismo desterrara a principios del siglo xx. Son muchos los trabajos en que el tema es contemplado desde ángulos diversos (Valiente, 1993), pero sin duda su empeño mayor es el dedicado al examen pormenorizado de *Las funciones de la conciencia* (Pinillos, 1983b).

Resumiendo largos desarrollos, digamos que su visión de la conciencia buscaba, de un lado, evitar el *epifenomenismo*, que hace de la actividad consciente un fenómeno secundario sin implicaciones en el desarrollo comportamental, y de otra parte, escapaba a una sustantivación de aquella, que la convertiría en cosa o sustancia, retornando al dualismo que introdujo Descartes. De este modo afirma que al hablar de conciencia nos referimos a una actividad de un sujeto biológicamente constituido, que abre a éste un mundo de objetos y también se abre a sí mismo en cuanto tal, creándose así un espacio de conocimiento que en cierto modo es privado, subjetivo, individualizado, pero que, por otro lado, abre las inagotables posibilidades de la intersubjetividad y de la objetividad. Ese ámbito cognitivo no está en el espacio físico, ni es observable por otros, sino por el sujeto que lo posee, y precisamente lo posee en el tiempo, en gran medida gracias al lenguaje, y gracias a la socialización y la cultura.

La conciencia cumple funciones adaptativas esenciales para aquella forma de vida que representa el ser personal. Hace viable un ser biológico abierto a toda la realidad y no *enclasadado* en un mundo cerrado –según la caracterización de Zubiri (1986)–; un ser que posee, a través de la interacción con sus semejantes, un sistema comunicativo

que le permite apropiarse de una noosfera cultural, de interpretaciones y símbolos, aptos para establecer metalenguajes, capaces de controlar las representaciones y regular la conducta.

Ciertamente tiene su base material en el cerebro, y proporciona al organismo que lo posee formas nuevas de adaptación, que han sido seleccionadas y conservadas por la evolución. Por eso propone que, junto a la idea de un vector de cerebración creciente (Pinillos, 1999), que han acuñado los antropólogos, se tenga en cuenta otro vector de concienciación, que también se iniciaría, si bien débil y tímidamente, en algunas especies superiores de mamíferos, y cobraría plenitud en la especie humana, haciéndole posible una evolución cultural y técnica con la que dominar su mundo.

La conciencia, dice Pinillos, abre a la realidad y sintetiza grandes cantidades de información, haciendo posible la sucesiva serie de decisiones y elecciones que dan cuerpo a la vida biográfica, y con ello a la plena constitución de una realidad personal, propositiva, que tiende a metas personales y ajusta la conducta a los fines que se propone. Introduce, por ello mismo, una causación que, como él gusta de repetir, va de arriba abajo, desde los niveles simbólicos hacia los planos puramente materiales y físicos. Lo hace interpretando cuanto le rodea, no en términos de valor biológico, sino en términos de sentido general y personal, con la ayuda de un lenguaje que permite organizar la información, comunicar con otros y dialogar calladamente con uno mismo. Lo dice muy bien en el siguiente fragmento, correspondiente a una conferencia dada en la Universidad de Valencia:

La conciencia...no lo es todo en la vida del hombre ni en la ciencia psicológica, pero es uno de sus elementos esenciales. Sin ella, nuestra ciencia perdería uno de sus ingredientes decisivos y nosotros, los psicólogos y todos los hombres, quedaríamos reducidos a la condición de autómatas. En la conciencia nos reconocemos como personas, nos reconocemos causantes de nuestras acciones y nos hacemos responsables de nuestras respuestas; accedemos a la libertad responsable. Desposeídos de la conciencia quedaríamos definitivamente alejados, desposeídos de nosotros mismos, alienados; actuaríamos 'a causa de', no 'en vista de' o 'en razón de'; nuestra conducta sería efecto, no proyecto. Para ser hombres, en fin, no basta con vivir, hay que saber que se vive, ser conscientes del propio existir... Y la finalidad de la psicología no puede consistir en alienar al hombre, sino en ayudarlo a que tome conciencia de su identidad... (Pinillos, 1983a).

Lo importante es que esta conciencia, que se ha recuperado con el advenimiento del cognitivismo y que cumple funciones esenciales en la comprensión del hombre, se halla ya ajustada a las exigencias propias de la investigación científica rigurosa. Con ella se ha hecho posible una investigación de las representaciones cognitivas, de las redes semánticas del conocimiento, las imágenes, la memoria y toda la serie de constructos

en torno al «self», o innumerables desarrollos en psicología social de la identidad y la atribución, o en ámbito propio de la clínica. Permite, en una palabra, el uso científico de la experiencia interna con objeto de formular hipótesis acerca de la experiencia externa, y tratar de buscar su *falsación* o verificación (Pinillos, 1985) como formas de ajuste al mundo o circunstancia. El cognitivismo no supone, por otra parte, el fin del modelo psicológico asociacionista. Pinillos no se inclina a una...

... toma de partido global a favor o en contra del asociacionismo, la *Gestalt*, el conductismo o la psicología cognitiva. Como todos los 'ismos', cada uno de estos ha pretendido totalizar su punto de vista, transformando en una explicación total lo que no es sino una perspectiva parcial. Yo, en cambio –añade– creo con Ortega que el conocimiento se perfecciona históricamente con la multiplicidad de los puntos de vista y su incesante articulación en nuevas teorías... que tal vez no es posible integrar en una teoría superior, pero que desvelan aspectos distintos de la misma realidad (Pinillos, 1984, p. 300).

En el ámbito de la evolución, la aparición de la conciencia adquiere caracteres de una gran innovación adaptativa, de valor biológico decisivo. Y, por encima de los mecanismos asociativos, aparecen otros flexibles, individualmente adaptativos e inteligentes.

3. *Su concepción emergentista*

¿Cómo ha llegado la conciencia a incorporarse al proceso de la evolución? ¿Cómo se ha creado un espacio de subjetividad en un mundo espacial y físico? Llegados a este punto, han sido muchos los que han recurrido a la hipótesis de un agente externo que desde fuera introduce la mente en el organismo, enriqueciéndolo con la pieza que se suma al resto de su organización. La idea aristotélica de una mente o nous que llega al individuo 'desde fuera', para con su acción producir el conocimiento, resultaría el ejemplo más conocido. Pero una visión esencialmente evolucionista no puede asumir tal explicación. La evolución despliega potencialidades que, en su interacción con el entorno, adquieren virtualidades nuevas; pero no como resultado de una incorporación de algo extraño, sino como término de un proceso caracterizado por la diferenciación y reestructuración de lo ya habido. No una adición, sino por el contrario, un despliegue o emergencia de novedad a partir de lo ya poseído. La solución de Pinillos ha ido en esta línea del llamado 'emergentismo'.

En el proceso evolutivo, la realidad, como gustaba de decir Zubiri, 'da de sí' (cf. Zubiri, 1986, pp. 474 y ss.) y origina formas y organizaciones nuevas. Con ello se abre la vía para la aparición de tipos y niveles irreductibles a los precedentes. Las innovaciones están en cierto sentido determinadas por la estructura de origen, sobre cuyos rasgos o

elementos se ha producido la transformación. Pero semejante dependencia funcional, aunque sin duda encauza el proceso, no fija un marco cerrado de transformaciones desde el que quepa poner barreras a la innovación.

Para el emergentismo, el término *a quo* está fijado, pero no el término *ad quem*. En nuestro caso, la conciencia es un proceso que llega a producirse a partir de un estado de actividad biológica previa, y de una estructura orgánica también determinada. Pero el resultado es justamente la aparición de un nivel biológico innovador. Este presenta nuevas cualidades, especialmente la relación intencional, cognitiva y afectiva con el mundo en torno, relación que media entre un polo subjetivo de experiencia, o sujeto, y uno objetivo, presente como otro, distinto, consistente y estructurado en una pluralidad a un tiempo simultánea y sucesiva. A partir de estimulaciones que despiertan representaciones en el sistema, y que se vinculan a sistemas lingüísticos y huellas de la experiencia pasada, se configura una realidad plena de virtualidades, que se ajusta con gran eficacia a los datos del entorno. «El sujeto humano – escribió Pinillos (1988a, p. 46)– está lleno de filias y de fobias, de ilusiones y temores, se halla repleto de historia y biografía: hasta el punto de que se las arregla para engañarse a sí mismo, para defenderse de lo que le asusta y embellecer lo que le gusta, para poseer una concepción del mundo y de la vida y ver la realidad como quisiera que fuese».

La emergencia innovadora ha traído a la existencia una realidad que introduce, sobre la naturaleza, la historia; sobre la materia, la idealidad; sobre los elementos, las individualidades totalizadoras. La conciencia abre la vida al tiempo de la biografía y de la historia, un tiempo definido por la creación de posibilidades, y la obturación de otras, generando una evolución cualitativa única e irrepetible en forma de acontecer histórico. Este campo de la historicidad también ha merecido largamente su atención.

4. El acercamiento a la historia y a la psichistoria

La conciencia, como vemos, abre la vía a la vida biográfica e histórica. Este es un campo que había merecido largamente su atención desde sus días juveniles de preocupación por las humanidades. Apreció muy positivamente en diversas ocasiones el alcance intelectual de la propuesta filosófica de Ortega y Gasset, respecto de la esencial condición histórica del hombre. Sin llegar a sumarse a su idea de que el hombre no tenga naturaleza sino historia, ya hemos visto cuánto le ha inquietado siempre el olvido de la propositividad, del finalismo, y en general del mundo de valores personales por parte de la psicología naturalista.

Es fácil comprender que, al tiempo que contemplaba el amplio proceso de crisis del conductismo y los neoconductismos, representantes máximos de un paradigma naturalista de nuestra ciencia, se fuera sensibilizando hacia otras propuestas alternati-

vas que parecían aspirar a incorporar los factores culturales e históricos. De ahí que la psicohistoria atrajera particularmente su interés. (Pinillos, 1988b).

Es sabido que el torso general del movimiento de psicohistoria ha tenido principalmente su arranque dentro de las fuentes psicoanalíticas, manteniendo la tesis de que se hace preciso aplicar los principios de la psicología profunda del inconsciente y el instinto para alcanzar una adecuada comprensión de los hechos históricos, y en general, del comportamiento del hombre en el horizonte de la historia. Si bien muchos científicos, políticos e historiadores tienden a explicar la conducta social de naciones y grupos en términos de motivaciones económicas y cálculos de poder, desde la psicohistoria muchos de sus partidarios estiman que lo que opera en la esfera pública son motivaciones surgidas de pulsiones instintivas que se rebelan a la censura impuesta por las fuerzas represivas de un *superego* culturalmente determinado.

El modelo interesó a nuestro autor, no tanto por su contenido estrictamente psicoanalítico, sino porque vio ahí un modelo en que los elementos culturales imponen su peso en los desarrollos del pensamiento, incluida la ciencia positiva, que no estaría exenta de las presiones y tensiones inconscientes dominantes en cada época, bajo la forma característica del *Zeitgeist*. «El reconocimiento de que la cultura ejerce una influencia efectiva sobre la ciencia, especialmente en el campo de las ciencias humanas y sociales, implica una ruptura con el paradigma psicológico actualmente en curso» (Pinillos, 1992, p. 14), esto es, con el paradigma naturalista. La aceptación de esas influencias determinantes de tipo *instintivista* en el campo de las acciones humanas, estaría abriendo la puerta a posiciones finalistas, y ensanchando el horizonte epistemológico de la psicología, traspasados los límites del mecanicismo decimonónico.

De otro lado, tampoco ha dejado de subrayar la importancia del fenómeno inverso, es decir, «la manera con que la historia informa las pulsiones, la biopsicología de las personas y de los grupos humanos». Y precisa su pensamiento:

Explicar cómo y por qué en un determinado momento un mito político... puede apoderarse de la mentalidad colectiva de un país hasta inducirle a cometer las mayores atrocidades, creo que representa un desafío científico de primera magnitud, del que la psicología difícilmente puede desentenderse (Pinillos, 1988b, p. 131).

Así que mientras los instintos impulsarían las fuerzas históricas, la propia historia iría modulándolos y modificándolos a ellos.

No se trata, por tanto, solo de una conversión al paradigma —si es que cabe llamarlo así— psicohistoricista, por parte de nuestro autor. Lo que le importa, desde sus tiempos iniciales, es abrir barreras, y permitir un acercamiento riguroso pero flexible a la realidad humana. Se trata de renunciar a aplicar un «lecho de Procasto» en que se corten y eliminen las dimensiones proyectivas, responsivas, finalistas y creadoras de la

persona en su existencia real, a la vez social e histórica, en vista de que tales dimensiones exceden de los límites de un cerrado naturalismo determinista.

5. *La psicología y el posmodernismo*

Hemos visto cuánto le preocupó, cuando orientó su vida hacia los problemas de la mente humana, encontrar que la psicología dominada por el mecanicismo había ido perdiendo a la subjetividad. La construcción racionalista del sujeto 'geométrico', habría desembocado en el modelo conductista de mente, convertida ésta en una suma de conexiones o enlaces S-R, todo bajo el dominio de lo cuantitativo, espacial y homogéneo, con pérdida de lo cualitativo y lo teleológico. De acuerdo con su personal visión, la psicología habría estado muy enérgicamente influida por las peculiares condiciones de la modernidad. En ese tiempo, cobró la primacía en el mundo intelectual la ciencia física, como modo crecientemente considerado como modélico para el conocimiento de la realidad. El modelo, sin embargo, quedaba lejos del hombre de carne y hueso.

Una corrección de los desequilibrios mencionados lo representaba la emergencia del nuevo paradigma cognitivista, que restauraba el papel de la mente y la conciencia. Otro, las orientaciones historicistas y, en general, el movimiento de la psicohistoria.

Pero aún ha habido más. En muy determinados círculos, se ha ido produciendo un movimiento de reacción enérgica contra el espíritu modernista y cuanto ello implica, y una plural agitación en busca de un modelo nuevo, que fuera más allá de lo moderno: la cultura de la posmodernidad.

Esa crisis de la modernidad, que abría la puerta a un horizonte nuevo, ha interesado mucho a Pinillos en su etapa de mayor madurez, cerrada ya su época de profesor activo en la universidad. Ha percibido en ese movimiento el surgimiento de nuevas ideas del hombre, más bien fundadas en factores no racionales, y atentas a un acercamiento a lo individual, lo distinto y lo peculiar.

El asunto se habría complicado bajo el influjo creciente de los modelos cibernéticos, que habrían generado un sujeto cognitivo que procesa información, pero que, por otro lado, está condicionado por las tensiones del *Zeitgeist*, y con ello, las condiciones de la racionalidad vendrían a ser resultado de las fuerzas que operan en planos profundos de la sociedad

Para él, el fin de la modernidad y la aparición de la posmodernidad han venido a plantear una pregunta aún sin respuesta, acerca de cuál sea el futuro que aguarda a una mente en este nuevo marco, y por ello mismo, el que le cabe esperar a la psicología.

Su interés no va desligado de la pregunta por el destino de nuestra ciencia; la correlación entre los diversos tiempos y las mentalidades le resulta un hecho incon-

trovertible. Y entonces, ¿qué implicaciones para ella pueden derivarse de la nueva mentalidad que emerge ante nuestros ojos?

Son muchos los escritos donde vuelve una y otra vez sobre el tema de la posmodernidad, y con frecuencia sus palabras no están exentas de un cierto reproche a sus contemporáneos colegas y académicos, en quienes no ve una sensibilidad para la nueva época que a sus ojos avanza, inexorable, y que va a condicionar en gran medida los saberes sobre el hombre. Le inquieta, por ello, que no se estén tomando las medidas que deberían hacer posible la absorción ‘superadora’ (*Aufhebung*) mediante la cual se pudiera abrir una vía de salida hacia el futuro.

Recordaré aquí algunos rasgos enumerados por él en relación con esa nueva mentalidad. Estos serían, en su opinión, algunos aspectos del posmodernismo que pueden influir o condicionar la nueva situación (Pinillos, 1993, pp. 92-93):

1. Rechazo de la idea de totalidad. Exaltación del pluralismo y la diferencia frente a lo uno, frente al imperio monista de la totalidad. Permisividad radical.
2. Escepticismo frente a los grandes mensajes y las teorías generales.
3. Deconstrucción de los dogmas y los sistemas establecidos.
4. Afición al collage y la mezcla de géneros. Aprobación del desorden y la complejidad.
5. Rechazo de las élites, y de la normativa universalista. Intertextualidad; muerte del autor y del sujeto. Se menoscaba la originalidad del autor, acentuando el carácter intertextual de su ‘escritura’.
6. Escepticismo ante el progreso. Falta de interés por la modernización.
7. Desconfianza en la ciencia. Crítica de sus géneros clásicos.
8. Inconmesurabilidad de los juegos lingüísticos.
9. Actitud posthistórica. Rechazo del concepto de historia universal heredado de la Ilustración.
10. Nihilismo lúcido, hedonismo.

Dando por buenos tales rasgos, sintetizados después de una inmersión larga y profunda en los textos de posmodernistas y posestructuralistas como Lyotard, Rosenau, Kvale, Derrida, Baudrillard Rorty, y tantos más, –de donde ha salido su último libro, *El corazón del laberinto. Crónica del fin de una época* (1997a)– resulta evidente que, desde su perspectiva de psicólogo atento a los nuevos vientos culturales no podía menos de inquietarle los que veía soplar sobre la mente contemporánea. La falta de confianza y la pérdida de esperanzas en la ciencia, y una inclinación a cuestionar el lugar del sujeto, representaban signos de una honda mutación. La nueva imagen asignada al sujeto, que hasta aquí era soporte de la experiencia y agente de sus actos mediante los que venía constituyéndose y singularizándose; el objeto, en suma, en torno al cual venían

girando secularmente los estados y los procesos psicológicos, las actitudes y decisiones, los juicios y los proyectos, y de quien aspiraba el psicólogo a saber lo suficiente para comprenderlo en sus actos, explicarlos y predecirlos, estaba en cuestión radical y con ello, resultaba problemático el lugar que podría ahora caber a la psicología, dentro de estas nuevas coordenadas. «En un pensamiento de este tipo –escribe Pinillos– la clásica noción de sujeto que se posee a sí mismo, que dice referencia clara y distinta a un objeto conocido como otro que él, y que gestiona un proyecto personal de vida, cae por su base» (Pinillos, 1994, p. 81).

Y esto tiene un alcance relevante para la psicología y las ciencias humanas, y para todo proyecto de saber sobre el hombre, que ve temblar ante la crisis de sus basamentos:

La ciencia de la modernidad tenía como objetivos prioritarios la universalidad y unidad del conocimiento, la precisión y, por supuesto, la objetividad. Pero la sociedad actual lleva camino de institucionalizar precisamente aquellos rasgos como el pluralismo, la ambigüedad, la fragmentación o la subjetividad del conocimiento, que la modernidad había tratado de eliminar o, en todo caso, de marginar a toda costa. (Pinillos, 1997b, p. 33).

Y claro está, con la modernidad en crisis, también vendría a estarlo la psicología, que vino a ser una ciencia justamente en la plenitud de aquel tiempo que ahora estaría terminado.

¿Y ahora qué, se le ha preguntado a nuestro psicólogo en varias ocasiones, al llegar a este punto, al parecer sin retorno, pero a la vez sin clara línea de progreso? En la nueva era, que a veces caracteriza también como era de la complejidad, ¿cómo seguir dando pasos adelante? A los que así le preguntan, en algún momento ha dicho: «Ese es su problema, no el mío». (Pinillos, 1996, p. 53).

Pero precisamente todo lo que llevamos dicho muestra que también el problema del nuevo tiempo ha venido siendo «su» problema en los años recientes, porque su enorme sensibilidad para los movimientos hondos, casi subterráneos, de la cultura, no ha dejado de alertarle sobre las vibraciones innovadoras que se producían en el entorno.

6. *¿Y dónde queda la modificación de conducta?*

Pinillos nunca ha sido «hombre de un solo libro». La conversión a la nueva psicología de la mente y de la historia no le ha hecho olvidar algunos de los grandes logros del paradigma conductual anterior.

La psicología conductista se orientó desde sus primeros tiempos no sólo hacia la construcción de una doctrina teórica sobre la conducta, convertida en objeto central de sus investigaciones, sino también hacia la intervención práctica, destinada a ejercer

un control técnico sobre los comportamientos que había estudiado como objetos teóricos. Ambas dimensiones estaban estrechamente interconectadas entre sí. En realidad, el saber de la ciencia natural, desde sus inicios, buscó no simplemente entender sino explicar, predecir, y en cuanto fuera ello posible, controlar. Ese ideal, presente en el positivismo de Augusto Comte, reluce también con todo esplendor en las propuestas fundamentales del conductismo de John B. Watson. Para éste, un conocimiento de la conducta, que fuera efectivo y logrado, debería hacer posible el control de la misma mediante la manipulación de aquellos factores que tienen una función determinante reconocida sobre las respuestas conductuales.

Desde finales de los años 1950's, varias corrientes conductuales comenzaron a desarrollar programas de intervención que, mediante técnicas de aprendizaje y el adecuado uso de refuerzos, llevaran a cabo el tratamiento de problemas para los que los individuos en unos casos, y los grupos sociales en otros, buscaban una solución (Carpintero y Peiró, 1981). Se trataba de «modificar» determinados hábitos o modos usuales de respuesta que eran personal o socialmente inadecuados, insuficientes o incluso desajustados o patológicos. Surgió así la modificación de conducta, como una rama aplicada de la psicología del comportamiento (Kazdin, 1978), que pronto mostró una extraordinaria capacidad para obtener con rapidez el logro de resultados estables que suprimían respuestas inadecuadas, o consolidaban otras que habían sido adquiridas y eran adecuadas para conseguir una correcta adaptación al medio en que el sujeto había de desenvolverse.

La modificación de conducta se convirtió en el instrumento psicológico más potente al servicio de los profesionales clínicos y no clínicos, pues ofrecía múltiples posibilidades de aplicación tanto en ambientes educativos como en centros y grupos sociales y también, por supuesto, dentro del marco clínico.

Estas técnicas revolucionaron el mundo de la psicología aplicada. En multitud de casos sus resultados se mostraban sorprendentemente rápidos y positivos. Por lo general, las intervenciones conductuales obtenían logros positivos y consistentes en tiempos muy breves.

La modificación de conducta se fue introduciendo en España en los años 1970's. La creación de la carrera de psicología fue sin duda un factor decisivo que acentuó el interés por las técnicas comportamentales en los más varios sectores de aplicación. José Luis Pinillos, comprometido con la psicología científica, como hemos visto reiteradamente, hizo una gran labor en apoyo del estudio y difusión de las nuevas técnicas. Su maestro Hans J. Eysenck era uno de sus más decididos promotores y, por otra parte, algunos de sus discípulos más próximos, como Vicente Pelechano, se iban a contar entre los pioneros de su adaptación en nuestro país.

A tal fin aprovechó muchos seminarios y conferencias para difundir el valor y sentido de las técnicas conductuales. Pero no pudo por menos de plantearse el pro-

blema que le asediaba de continuo: ¿acerca o aleja esta psicología en relación con el hombre mismo? ¿Humanizan o deshumanizan las técnicas conductuales que ahora se nos ofrecen como instrumentos privilegiados?

Hay bastantes páginas suyas en que justamente se contempla este problema. Quiere allí responder a los que suponen que la aplicación de las técnicas mencionadas promueve en realidad una cierta manipulación de la persona tratada con ellas.

En su respuesta comienza haciendo constar que el uso de intervención con esas técnicas –como con cualquiera otra– exige ya en nuestro tiempo el cumplimiento riguroso de unas condiciones deontológicas que son de aceptación prácticamente universal. Toda intervención, en efecto, no puede hacerse sin consentimiento ni por la fuerza. Pero, además, las intervenciones que normalmente se diseñan buscan, precisamente, con el consentimiento del cliente –o de sus representantes legales establecidos– liberarlo de alteraciones o limitaciones que impiden o limitan el ejercicio de sus funciones, o una adecuada adaptación funcional a su situación. En suma: buscan fortalecer su condición más propiamente humana, en vez de deprimirla.

En su repaso acerca de los fines de las intervenciones, hace ver que estas, en general, tienen un sentido personalmente positivo. Se busca, en efecto, «a) extinguir o debilitar conductas indeseables ; b) reforzar o potenciar conductas deseables, que ya existen, pero carecen de fuerza; c) modelar, a partir de conductas ya existentes, otras nuevas que necesita el paciente» (Pinillos, 1981, p. 6). La técnica usada en cada caso, acusada en ocasiones de ‘deshumanizadora’, y en algunos casos rechazada por contener elementos dolorosos o aversivos, viene siempre justificada –o en todo caso debe estarlo– por unos conocimientos científicos fundados que sustentan su aplicación, y por su adecuación con las normas operativas a las que el terapeuta ha de ajustarse. Además, añade en este punto, los modernos desarrollos técnicos han ido crecientemente incorporando la dimensión ‘cognitiva’ a los procedimientos operativos –las técnicas hoy generalmente conocidas como ‘cognitivo-conductuales’–; en ellas la conducta modificada ya no está reducida a ser una cadena de simples estímulos y respuestas, sino que se ha convertido ya «en praxis, en acción humana apropiada de sí misma» (Id., p. 12).

El terapeuta, en todos los casos, busca ajustarse a unos criterios de normalización del estado de su cliente, atendiendo tanto a criterios ligados a una dimensión cultural, como a normas y valores estadísticos –lo representado por los valores promedios–, y siempre tomar en consideración una norma funcional (en términos de plenitud subjetiva, efectividad biológica y ajuste social). De esa suerte, el empleo de técnicas que potencian la vida del individuo en su mundo histórico, antes que manipulación, habría de ser visto como actividad «emancipatoria y liberadora» de la persona a la que con aquellas se trata (Id., p. 19).

Guiado siempre por un fino sentido crítico, nuestro autor admite que no todo es deshumanizador, ni mucho menos, en el modelo conductual. El rigor científico no

es en esencia incompatible con la realidad compleja, rica, variada e innovadora de la persona. Esta tiene múltiples niveles operativos diferenciados, y los mecanismos de sus sistemas de aprendizaje son conciliables con otros más ligados a actividades regidas por el conocimiento y los procesos de decisión responsable. En la integración de lo diverso y lo múltiple están las posibilidades de una verdadera psicología arraigada en la naturaleza y abierta a la libertad y a la creación personal.

UNA IMAGEN FINAL

Llegados a este punto de nuestro sucinto repaso sobre la evolución de su pensamiento, pienso que hay que reconocer que no ha sido pequeño el esfuerzo por él realizado para asumir y en lo posible superar las limitaciones de los distintos planteamientos encontrados y conflictivos que han dominado en los tiempos recientes en el mundo psicológico.

En varias ocasiones le hemos podido oír decir que para él un maestro era la persona que alertaba al discípulo sobre qué libros no leer, ahorrándole así tiempo para mejor emplearlo en los problemas y cuestiones verdaderos. Pues bien, toda su obra, en este sentido, representa una labor magistral en provecho de la psicología en nuestro país. Como he escrito en otro lugar, «su fina percepción para la teoría le ha permitido aproximarse a los grupos más serios de la vanguardia científica, manteniendo al día en una serie de temas a sus discípulos y colaboradores» (Carpintero, 1986, p. 163).

Podríamos resumir la deuda que esta tiene contraída con él en los términos siguientes:

Ha llevado a los psicólogos, en efecto, hacia el cultivo de una ciencia rigurosa con proyección técnica y social, pero sin desconectarla de sus raíces más hondamente humanas.

Ha impulsado el reconocimiento de sus diversas limitaciones, y ha insistido, con valor, en la aceptación de la condición social, histórica, propositiva y libre del ser humano, cuya vida mental y cuyo comportamiento constituían el objeto de aquel saber. En palabras de Moya y Valiente, su obra «nos ofrece una versión omnicomprendiva del ser humano» (Moya y Valiente, 1992, p. 319).

Ha obligado a cuantos psicólogos han querido escucharle y le han atendido, a reconocer que se ha de cultivar el pensamiento científico con rigor, al tiempo que se asumen las exigencias que impone la índole propia del ser personal, de que las humanidades nos alertan.

Buen conocedor de su amigo y colega, Yela dijo que Pinillos quería «ser, en efecto y sobre todo, un científico –y tal vez un filósofo– responsable» (Yela, 1983, p. 131).

Por eso su magisterio ha buscado siempre conciliar, en síntesis comprensiva, aquellos conocimientos en que la ciencia y la filosofía se compenetran, se completan y enriquecen mutuamente, buscando así dar respuesta a las demandas de nuestro espíritu, que nuestra naturaleza no puede silenciar sin falsificar nuestra existencia. Como escribió de él Julián Marías, ha «rehuido las visiones simplistas que dejan fuera parte de la realidad y renuncian, por eso mismo, a la posibilidad de las soluciones» (Marías, 1988, p. 86). Esta ha sido, a mi ver, su más auténtica enseñanza, por la que en gran medida la psicología de nuestro tiempo está en deuda con él, como lo está siempre el discípulo en relación con su maestro. Pero gracias a tales deudas es como una tradición intelectual progresa.

REFERENCIAS

- Barbado, M., OP (1946). *Estudios de psicología experimental* (2 vols.). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Carpintero, H. (1986). José Luis Pinillos y la cultura española, *Cuenta y Razón*, 25, 159-165.
- Carpintero, H. y Peiró, JM. (1981) Una perspectiva bibliométrica sobre la modificación de conducta. En H. Carpintero y J. M. Peiró (Dirs.), *Psicología contemporánea. Teoría y métodos cuantitativos para el estudio de su literatura científica* (pp. 131-173) Valencia: Alfaplús.
- Kazdin, A. (1978). *History of behavior modification. Experimental foundations of Contemporary research*. Baltimore: University Park Press.
- Marías, J. (1988). Discurso de Contestación a J. L. Pinillos, *El lenguaje de las ciencias humanas*. Madrid: Real Academia Española.
- Moya, J. y Valiente, P. (1992). El humanismo científico de José Luis Pinillos. *Revista de Historia de la Psicología*, 13(2-3), 309-320.
- Pinillos, J. L. (1951). Apuntes en torno a las humanidades y la ciencia, *Arbor*, 69-70, (tirada aparte).
- Pinillos, J. L. (1954a). *Grandeza y servidumbre de la metafísica*. Madrid: Ateneo.
- Pinillos, J. L. (1954b). Sobre la estructura metodológica de la sabiduría y de las ciencias. *Revista de Filosofía*, 18, 69-87.
- Pinillos, J. L. (1962) *Introducción a la psicología contemporánea*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Pinillos, J. L. (1970a). *Biografía completa de Charles Darwin*. Madrid: IbericoEuropea de Ediciones.
- Pinillos, J. L. (1970b). *La mente humana*. Barcelona: Salvat.
- Pinillos, J. L. (1975). *Principios de Psicología*. Madrid: Alianza.
- Pinillos, J. L. (1980). Presentación. *Análisis y Modificación de Conducta*, 6(11-12), 5-8.

- Pinillos, J. L. (1981). El riesgo de las manipulaciones y su crítica. *Análisis y Modificación de Conducta*, 7(14), 3-22.
- Pinillos, J. L. (1982). Entrevista autobiográfica (con José Luis Miralles). *Revista de Historia de la Psicología*, 3(3), 185-207.
- Pinillos, J. L. (1983a). *La conciencia en la psicología de hoy*. Conferencia en la Universidad de Valencia, 30 nov. (manuscrito).
- Pinillos, J. L. (1983b). *Las funciones de la conciencia*. Madrid: Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.
- Pinillos, J. L. (1984). Asociación y pensamiento. *Revista de Historia de la Psicología*, 5(1-2), 291-301.
- Pinillos, J. L. (1985). El uso científico de la experiencia interna. *Evaluación psicológica*, 1(1-2), 59-78.
- Pinillos, J. L. (1988a) *El lenguaje de las ciencias humanas*. Madrid: Real Academia Española.
- Pinillos, J. L. (1988b). *Psicología y psichistoria*. Valencia: Universidad de Valencia.
- Pinillos, J. L. (1992). Psychohistory. The second front of scientific psychology. En H. Carpintero, E. Lafuente, R. Plas y L. Sprung (Eds.), *New Studies in the history of psychology and the social sciences* (pp. 9-18). Proceedings of the 10th Cheiron Meeting. Valencia: Revista de Historia de la Psicología, Monographs 2.
- Pinillos, J. L. (1993). *El impacto de la cultura postmoderna en las ciencias humanas*. Discurso de investidura como Doctor «Honoris Causa». Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.
- Pinillos, J. L. (1994). La deconstrucción del sujeto en el pensamiento post-modernista. *Anales de la R. Academia de CC. Morales y Políticas*, 71, 55-85.
- Pinillos, J. L. (1996). La Psicología científica y el fin de la Modernidad. En H. Mosler, J. L. Pinillos y K. Sing (Eds.), *Discursos de investidura de Doctores Honoris Causa* (pp. 39-55). Madrid: UNED.
- Pinillos, J. L. (1997a). *El corazón del laberinto. Crónica del fin de una época*. Madrid: Espasa Calpe.
- Pinillos, J. L. (1997b). *Historicismo y objetividad en las ciencias del hombre*. Discurso de investidura como Doctor «Honoris Causa». Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Pinillos, J. L. (1999). La cultura y el origen de la mente. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 52(1), 9-16.
- Ortega y Gasset, J. (1961). *El hombre y la gente*. Madrid: Revista de Occidente.
- Valiente, P. y Moya, J. (1992). La presencia de Freud en el humanismo científico de Pinillos. *Revista de Historia de la Psicología*, 13(2-3), 237-244.
- Valiente, P. (1993). Importancia de la conciencia en el sistema psicológico de J. L. Pinillos. *Revista de Historia de la Psicología*, 14(3-4), 163-178.

- Vera, J.A. (2005). 1979. Un año para recordar en la historia de la psicología española. *Revista de Historia de la Psicología*, 25(4), 213-242.
- Windelband, W. (1949). *Preludios filosóficos*. Buenos Aires: Santiago Rueda.
- Zubiri, X. (1986). *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza-Sociedad de Estudios y Publicaciones.

Artículo recibido: 28-05-12

Artículo aceptado: 25-06-12